

Rumor a brisa campestre

O el campo ya no es lo que era

Una vaca pasta en un descampado frente a varios bloques de pisos en Kiev. :: SERGEI SUPINSKY-APP



Pocas novelas he leído con una narrativa tan fría, tan brutal, tan desoladora, como la trenebunda 'En el bosque' (Sexto Piso) de la joven norteamericana, de ascendencia nipona, Katie Kitamura. Ni siquiera alguna de Coetzee, con quien la relacionan. La inquietante cita inicial del inquietante Knut Hamsun es, de entrada, una declaración de intenciones que desmiente la aparente mansedumbre de la vida en una granja, ahora centro turístico de pesca, a la orilla de un río, con cuya descripción se inicia la historia. Lo apacible termina en cuanto aparece una joven; con ella llega el escándalo, la violencia y el desvarío. Luego, estalla un volcán cercano y todo salta por los aires. Nada es seguro, un mundo va a derrumbarse como por arte de magia.

Aunque habla del fin de la explotación colonial, el argumento sería aplicable, en general, a la angustia de la cultura campesina en cualquier punto del planeta. El solterón protagonista, cobardes, alienta, hecho a la lentitud del tiempo agrícola —había nacido en el campo y se

sentía a gusto con las zarzas—, se ve desbordado por los trágicos e inexorables acontecimientos. «Se sienta a la sombra de su árbol preferido, aprieta las piernas contra la tierra como si le fueran a salir raíces». En vano, es el último atado umbilicalmente al terreno, su vivencia se perderá, es el signo de los tiempos.

El mismo destino aciago aguarda, también desde el principio de la novela, al personaje principal de 'Al envejecer, los hombres lloran' (Seix-Barral), de Jean Luc Seigle, cuatro años prisionero en las landas alemanas durante la segunda guerra mundial, obrero de la Michelin, que cuando vuelve al amanecer a casa después del turno de noche en el infierno de los neumáticos se conmueve con el gorjeo de los pajarillos, el olor que exhala el rocío o la mano del viento que ondula los trigales; la verdadera vida sensible, inmersa en la naturaleza, frente a la alienación laboral de los lugares cerrados. Es un campesino obligado a desertar del arado para mantener a su familia en la fábrica, pero su corazón sigue siendo campestre. Es víctima de

UN ÁNGULO ME BASTA
FERMÍN HERRERO



una de las sucesivas emigraciones que han ido desertizando el campo. Aferrado a una cultura ancestral en vías de desaparición, se opone hasta a la concentración parcelaria, que en el fondo es un atentado contra el mundo de los antepasados y el suyo pro-

pio, transido por la nostalgia de la durísima e ingrata labor tradicional y de la siembra a voleo.

La misma pérdida y ruina gravita sobre Assys, su pueblo cercano a Clermont, «sin panadería, sin iglesia, sin tienda de comestibles y sin médico, lugar condenado a ser sólo de verano». La acción se concentra en un día de 1961, cuando llega el primer televisor —ay, cuando lo pusieron en el salón del mío: el cura ordenando, los rombos, Ironside...— y concluye con una sorprendente coda medio ensayística sobre la falsa leyenda de la línea Maginot. La construcción de caracteres, como en 'Las chicas de campo', es estúpida y cuenta con la garantía de la traducción de A. García Ortega. Pero ojo con aquellos que enaltecen el paisaje natal hasta sublimarlo como quintaesencia de sus delirios nacionalistas y patrióticos. E incluso con quien se lo apropia desde el bienismo ecologista. 'El camino del lago desierto' de Franz Kain está protagonizado por uno de los verdaderos amigos de la naturaleza, en este caso alpina, de las raras primulas y los abismales farallones, por el

primer policía del Führer», que en mayo del 45, «se replega a los frios lagos desiertos de los confines del mundo».

Kain, descubrimiento

En realidad, huye hacia lo más recóndito de los imponentes Alpes Orientales, en la Estiria, aprovechando su experiencia como montañero, y es que las organizaciones de aficionados a la alta montaña fueron un vivero para el reclutamiento nazi.

Es un relato, en realidad cuento largo con algunas hechas de novela, contundente, con un significado que va mucho más allá de lo que dice. Recrea un hecho real, aunque estilizando simbólicamente, y ahí reside el mérito de la narración, de un personaje conocido, un altanero jefe de las SS que emprende su camino de recogimiento y de reflexión, antes de que fuera ahorcado en Nuremberg por su trayectoria y por unos hechos que de manera elíptica se asoman a la trama de la historia, que solo el abrupto final ilumina.

Se ve que Kain, nunca hasta ahora traducido al español, otro descubrimiento de Peri-

férica, es un narrador nat muy dotado para la elipsis, i pleiga a los frios lagos desiertos de cercanía y de verosimilitud sin paños calientes francamente envidiables, amén de una lectura tan ágil como gozosa.

La frágil, conmovedora protagonista relata el fin de su inocencia, siempre al lado de una ambigua amiga, hasta el momento en que una decepción le muestra el verdadero entre cembros y alerces, i cluso a la hora de arder.

En unos parajes muy tintos, las turberas de las cingagas irlandesas donde hoy bres siempre calzados con b tas de goma recortan terron que luego, secos, servir como combustible, transire el inicio de la citada 'L chicas de campo', novela c la que Errata Naturae comie za la publicación en españ de otra escritora de fuste ta bién desconocida en nuestr lares: Edna O'Brien. Circutancia que de manera elíptica se asoman a la trama de la historia, que solo el abrupto final ilumina.

Se ve que Kain, nunca hasta ahora traducido al español, otro descubrimiento de Peri-

turalidad hartó difícil y una gradación de los efectos argumentales muy bien calculada, lo que conlleva una sensación de cercanía y de verosimilitud sin paños calientes francamente envidiables, amén de una lectura tan ágil como gozosa.



EN EL BOSQUE
Katie Kitamura.
Sexto Piso.
164 páginas. 17 euros.



AL ENVEJECER LOS HOMBRES LLORAN
Jean Luc Seigle. Seix Barral.
240 páginas. 18 euros.



EL CAMINO DEL LAGO DESIERTO
Richard Grass. Periferica.
112 páginas. 15 euros.



LAS CHICAS DE CAMPO
Edna O'Brien.
Errata Naturae.
304 páginas. 18,50 euros.



ESPECULACIÓN
Thomas Wolfe.
Periferica.
96 páginas. 14,50 euros.

cación de sus primeros años.

Sensible, inclinada a ver el lado poético, las epifanías, de las cosas y del mundo, arrastran junto a su orfandad un estigma de pueblerina, y pobre, del que parece sacudirse en Dublín, donde se hace a la vida urbana y de qué manera, escapando de los sonidos tristes: «el de la lluvia solitaria golpeando el tejadillo de chapa del gallinero, el de los gemidos de una vaca parturienta bajo un árbol en mitad de la noche». Pero no.

La vida rural, ciertamente, se descompuso hace mucho tiempo, cuando el avance implacable del progreso y de su aliado, el cemento, necesitó más y más espacios habita-

«La vida rural se descompuso cuando el avance implacable del progreso y el cemento necesitó de más espacio»

bles y muchos pueblos fueron extendiéndose hasta convertirse en no-lugares y cargarse poco a poco la campiña. Porque campo, lo que se dice campo, ya no hay. O casi. 'Especulación', tercera pieza bre-

ve —las dos anteriores, 'El niño perdido' y 'Una puerta que nunca encontré', han sido muy celebradas por los críticos— de Thomas Wolfe aparece en Periferica, es una novella de 1938, que se desmoronó en 1929.

Itaca, en Virginia

Y, sin embargo, muestra ya esos suburbios «hirvientes de edificaciones» similares a las aberrantes barriadas dormitorio de hoy mismo, en las afueras, terrenos devorados por construcciones a medio hacer, en contraste con el «campo, colina, riachuelo y barranco y bosque dormido, la vieja tierra, la tierra imprecadera de América».

Novela tajante, aun en su brevedad, de efecto concentrado como la de Kain, y acento lírico desde que el protagonista, Ulises redivivo, vuelve en tren a Itaca, su Virginia natal, tras un cuarto de siglo, poco más que un sueño, vagabundeando incansablemente por las ciudades hasta que comprueba que, en efecto, una enloquecida avidez monetaria derivada de las plusvalías instantáneas de las parcelas se ha adueñado del apacible y monótono ocurrir de su paleta hogar, con sus rústicos habitantes perturbados por la fiebre del pelotazo urbanístico y sus desmanes, que tan bien conocemos, en manos de promotores inmobiliarios de toda laya, heraldos de la destrucción sistemática del paisaje. En vísperas del crash, la desaforada euforia del ladrillo acaba con la Arcadia norteamericana; se tambalea, incluso el respeto de los muertos, en beneficio de la muerte. Entonces, casi nadie tomó nota, ¿después de nuestra última crisis seremos capaces de hacerlo? Y, a mayores, ¿alguien se encargará de recuperar los lugares de la memoria y de la luz de su niñez, irreconocibles?